

Estaba aún dormida, pero sentía que se alzaba del sueño exactamente como un globo: como si fuera un pez de colores en una pecera de sueño, alzándose más y más a través de las tibias aguas del adormecimiento hasta la superficie. Y entonces se despertaría.

Pero una vez despierta no abrió enseguida los ojos, sino que se quedó muy quieta y calentita en la cama, y era como si aún hubiera otro globito en su interior, cada vez más grande, y que también se alzaba y se alzaba. Muy pronto le llegaría a la boca, saldría y volaría hasta darse con el techo. El globo que tenía dentro creció y creció, e hizo que todo el cuerpo y los brazos le cosquillearan, como si acabara de comerse

un caramelo de menta. “¿Qué puede ser?”, se preguntó con los ojos bien cerrados, tratando de recordar qué había pasado el día anterior.

—Es tu cumpleaños —dijo una voz cerca de ella, y al instante abrió los ojos. Junto a su cama vio a un chico extraño, feo y de cara flaca, y tan pelirrojo que el resplandor de sus cabellos iluminaba el cuarto. Vestía un traje de terciopelo negro y calcetines y zapatos rojos, y del hombro le colgaba, vacía, una enorme mochila para libros.

—¿Quién eres? —preguntó, mirando asombrada al chico pelirrojo.

—Me llamo Maurice —respondió el muchacho. Sus ojos tenían extrañas motas doradas, como chispas—. Levántate.

Dulcie se quedó quieta de nuevo y recorrió el cuarto con la vista. Lo más curioso era que Maurice y ella estaban solos. Todas las mañanas, al despertarse, se encontraba con su madre y Dicky en el dormitorio, y muy poco después aparecía Alice, la doncella negra, que la ayudaba a vestirse y a prepararse para ir al

colegio. Pero hoy no había nadie en el cuarto a excepción del extraño chico pelirrojo, que seguía junto a la cama y la miraba con aquellos extraños ojos suyos de motas amarillas.

—Levántate —volvió a decir Maurice.

—No estoy vestida —respondió.

—Sí que lo estás. Levántate.

Retiró las cobijas y salió de la cama y, en efecto, estaba vestida: zapatos, calcetines y el vestido nuevo de color lavanda con la cinta que hacía juego con sus ojos. El pelirrojo había ido hasta la ventana y tenía la cara pegada al cristal.

—¿Llueve todavía? —preguntó Dulcie—. Anoche llovía.

—Ven a ver —respondió Maurice, y ella se colocó a su lado y vio por la ventana los árboles negros con sus ramas desnudas que chorreaban bajo la lluvia.

—Preferiría que no lloviera el día de mi cumpleaños —se lamentó, decepcionada—. Pensaba que hoy quizás estuviera seco, ¿sabes?

El pelirrojo la miró primero a ella, luego hacia fuera y a continuación abrió la ventana.

—¡No, no; no hagas eso! —exclamó Dulcie, pero se calló enseguida, porque, al alzarse la ventana de guillotina, en vez de lluvia y negros árboles invernales, vio una suave niebla gris que olía a glicinia, y muy abajo en la niebla oyó voces lejanas que la llamaban:

—Baja, Dulcie, baja.

Cuando miró por la parte alta de la ventana, a través del cristal, allí estaban la lluvia y los tristes árboles negros, pero por la parte abierta se veía la suave niebla con olor a glicinia y se oían las voces que decían:

—Baja, Dulcie, ven con nosotros.

—¡Vaya, sí que es curioso! —dijo Dulcie mirando al pelirrojo, que hurgaba muy afanoso en su enorme mochila.

—Eso pasa porque es tu cumpleaños —explicó.

—Nunca había pasado nada parecido en mi cumpleaños.

—Pero podría haber pasado —respondió Maurice, sacando algo de la mochila—. Para eso son los cumpleaños. Y si la noche de anterior...

—la miró con sus extraños ojos de motas doradas— te acuestas con el pie izquierdo por delante y le das la vuelta a la almohada antes de dormirte, puede suceder cualquier cosa —añadió con tono de saber lo que decía.

—¡Eso fue exactamente lo que hice! —dijo Dulcie—. Pero, ¿quién me está llamando?

—¿Por qué no miras y lo ves? —sugirió Maurice. De manera que la niña se asomó por la ventana hacia la tibia niebla perfumada y allí, mirándola desde la calle, vio a Alice y a Dicky y también a George, que vivía al otro lado de la calle.

—¡Baja, Dulcie!

—¡Espérenme! —les gritó desde arriba.

El pelirrojo se colocó otra vez delante de la ventana. Tenía en la mano una escalera de juguete de unos quince centímetros de largo, pero se la llevó a la boca, empezó a soplar y fue haciéndola más larga y más grande, hasta que al final tocó la calle y Alice la sostuvo mientras Dulcie bajaba hasta donde estaban los otros.

—¿Ya te levantaste por fin, eh, dormilona? —preguntó George, y Dicky canturreó:

—¡Dormilona, dormilona! —era un niño muy pequeño y siempre repetía lo que decían los demás.

El pelirrojo bajó también por la escalera; luego se inclinó y apretó con el dedo un botoncito reluciente, el aire hizo whissssss al salir, y la escalera volvió a ser de juguete y a medir sólo quince centímetros. Acto seguido se la guardó en la mochila.



